

No les faltaba sino asesinarme. ¿Por que no? Desembarazarse de Vanina y de mí, hubiera sido lo lógico; pero quitarme una parte de mi valor moral para engalanarse el uno á los ojos del otro, ¡esto les era del todo imposible!

XXXIII

TONINO se retiró cuando yo volví á entrar. Despidióse de mí como acostumbraba, tierna y alegremente.

—Pues que, le dijo Felicia, ¿no le das un abrazo á tu padre?



Llamóme entonces padre, y me abrazó. Recordando la leyenda del beso de Judas, me dejé abrazar.

Ausentéme al día siguiente. Con el pretexto de hacer nuevos experimentos sobre el curso de las aguas de la nieve, fuíme á reflexionar buscando ó intentando encontrar algun reposo á la sombra del *Bolo*.

Estaba fatigado como si hubiese dado la vuelta al mundo. El asombro de la víspera habia sido demasiado sobrehumano para ser duradero; debia pagar pues mi tributo á la naturaleza.

Tuve terribles accesos de fiebre, de amargo pesar, de indignaciones devoradoras y de cólera para romper con todo. Llegué al colmo de la exasperacion para caer en el abismo del abatimiento.

Pasáronse así dos dias y dos noches. El tercer dia sobrevino la calma y logré dormir. Era preciso tomar una determinacion cuanto antes. Dos veces distintas, intranquila Felicia por mi ausencia, subió hasta mi chalet. Una vez y otra al verla llegar, pude sustraerme á las angustias de su presencia refugiándome en lo más inaccesible de la montaña. No deseaba yo vengarme en perjuicio de su existencia ni de su salud; no queria explotar su miedo ni su remordimiento.

Esto no me hubiera parecido digno de un hombre.

No acerté á resolver más que un plan provisional. Antes de disponer de mí porvenir como del de mi esposa, me era preciso conocer todos los detalles de la situacion, dándome cuenta exacta de la verdad, y fallar en conciencia, sin error y sin debilidad. Interrogar á Felicia no era, en verdad, el medio de dar con lo cierto; ella sabia mentir, no me cabia duda. Y aun cuando llegara á arrancarle la confesion completa de los hechos, jamás podria manifestarme las verdaderas causas. Habia yo probado perfectamente que carecia de lógica; no debia pues admirarme de que le faltase conciencia.

Someter á su cómplice á un interrogatorio, hubiera sido abrir la puerta á las historietas más absurdas y á dramas harto

ridículos. Antes que aventurarme moralmente á desempeñar semejante papel, hubiera preferido aún el ultraje de sus caricias. Cuanto más se envileciera él, menos podia envilecerme á mí.

Regresé pues á Diablerette, resuelto á no dejar adivinar nada hasta el dia en que me hubiese apoderado de todos los hilos de la traicion.

Era probable que ellos no se escribian entonces, pero indudable debian haberse escrito. Recordé de pronto que, poco despues de nuestro casamiento, Felicia me habia entregado un pequeño legajo de papeles cuidadosamente sellados, haciendo que le jurara por nuestra confianza mútua, que no lo abriria más que en el caso de que ella muriese antes que yo. Yo habia supuesto que era aquello un testamento, resuelto á no aceptarlo jamás lo habia guardado sin darle importancia. Otras veces me habia dicho que podia ser aquello una relacion confidencial de su primera falta; y como no tenia el menor empeño en leerla, creia no remover nunca las cenizas de un pasado que mi amor habia desvanecido, á no ser que Felicia me lo recordase expresamente, lo cual no habia hecho á la verdad.

Entonces mi imaginacion podia admitir otros supuestos. Las mujeres de su especie tienen necesidad apasionada de expansiones, que no son sino el deseo de alentar su falta ó de poetizar sus vicios. Aquellos papeles podian conducirme al descubrimiento que yo creia hacer, y que habia probablemente hecho desde el principio. Me pertenecian. Pero, yo lo habia jurado por algo que ya no existia, que habia pisoteado quien habia querido: ¡mi confianza! No tuve pues escrúpulos y rompí el sello. Era la corta y expresiva correspondencia de Felicia y Tonino desde el viaje de éste á Italia, más de un año antes de nuestro casamiento.

Lo traduzco del italiano:

Decían:

FELICIA

“Sí, le amo; es mas que amor, es idolatría lo que siento por él. Ya que has querido saberlo, sábelo. He visto claro que no ibas á dejarme en paz si no te decía la verdad. Despues de ello, ¿qué vas á decir? Ya sabes que no te amo, que jamás te he amado; ¿será preciso que te lo repita eternamente?,”

TONINO

“Está bien; yo acabaré con él, con tu Sylvestre, y la falta será tuya. Yo le queria; tú haces que le odie. Sí; él es un hombre respetable, bueno, perfecto; no lo ignoro; pero tú le condenas á muerte. Yo te amo; aun sabiendo que eres bastante loca para olvidarlo, ¿es que no me conoces? ¿ó que no sabes lo que yo quiero, y te es forzoso que quieras?,”

FELICIA

“Entonces, si eres un loco ó un asesino, dílo desde luego, porque es preciso que muera yo. Si dentro tres dias no he recibido carta tuya, me mataré „

TONINO

“La vida de Sylvéstre está en tus manos. No faltes á la cita, allí donde tú sabes, el 5 á la una de la madrugada. „

EL MISMO

“Has vencido al tigre; le has encadenado. Le has hecho sufrir mucho, cruel, pero le has dejado la esperanza. ¡Oh sí,

tú me amas, ¡no hay duda! Está bien que te niegues; tu cólera se fundirá en mis brazos; rechazas mis besos; pero tus manos, tus rodillas, tus hombros, sienten mis lágrimas, y estas lágrimas ardientes acabarán por abrasarte. ¡Amame, locuela! ¿Puedes, por ventura, dejar de amarme? ¿no me has, por cierto, criado en tu regazo como un pájaro al cual, faltó de nido, diste tu calor y tu vida? ¿Un incesto? ¡Por Dios, prima! el papa los dispensa y el cielo se rie de tus escrúpulos. ¿Pretendes hacerme creer que podemos ser nosotros madre é hijo? Esto es bueno para que crean en ello estos protestantes severos y graves, ó para los católicos de sangre helada, que viven en el polo. Nosotros somos italianos, somos séres completos en toda la plenitud de la existencia. No he querido jamás llamarte madre, y ya no te llamaré sino ¡mi vida! pero si he querido beber tus caricias, he vivido de ellas y por ellas, embriagado con mis propios recuerdos. Esto es el amor, el verdadero amor, y no puede existir otro. Tú no amas ni amarás nunca á Sylvestre. Es un viejo. Este sí es un padre, perfectamente. Puedes, si quieres venerarle, adorarle como la imágen de un santo; esto lo comprendo y me es igual; pero no casarte con él, te lo prohibo. „

EL MISMO

“Me amas y seguirás amándome. He consentido en que te cases con él, porque le quieres. ¡Ambiciosa! ¿Necesitas dos amores, uno para el alma y otro para el cuerpo? El bueno será para... tendré el que quiero. Es preciso doblegarse: ¡paciencia! „

FELICIA

“No, y mil veces no; no obtendrás nunca de mí el amor que pretendes. Aun cuando yo sucumbiera entre el mar de confu-

siones en que me precipitas con tus locuras, no querría ello decir que yo te amase. ¿Qué placer encontrarías viéndome llorando morder la tierra? ¡Ah! te lo juro; me mataré luego, Olvídame y no vuelvas. ¡Si supieras el daño que me haces! ¿Es esta la recompensa de mi amor de madre? Sí, yo no veía en tí sino á mi hijo. Tener un hijo que me amase como me hubiera amado mi hija, este era mi sueño, esto era lo natural... ¿Podía yo sospechar que apenas crecido para llegar á mi hombro, habias ya de tener tan malos instintos? ¿Recuerdas tú la cólera, el pesar y la vergüenza que despertaste en mí, cuando por vez primera te atreviste á decirme que querias ser mi marido? Hubiera yo debido echarte de mi lado inmediatamente. Faltóme el valor necesario. Me habia acostumbrado á amarte, y luego, yo no amaba á Sixto, no le quería á él ni á otro hombre alguno. Te veía loco, convulsivo, completamente trastornado. Creía que te ibas á morir. Prometíte no casarme jamás. Luego disimulaste, apareciendo curado de tus delirios, y pasaste semanas y meses sin darme ningun nuevo disgusto, y luego, una madrugada, apareciste de nuevo más peligroso y seductor que nunca. Y esta locura empezaba diariamente desde entonces para terminar con el crepúsculo y reproducirse con la aurora, hasta el dia en que te eché violentamente de mi lado.

„Y, ahora que yo amo á quien viene á ser para mí un Dios, ¿crees que no romperé contigo, si pretendes destruir mi felicidad y hacerme indigna de él? ¡Inténtalo, y él lo sabrá todo! Veremos entonces si te atreves á reaparecer á su presencia. ¡Anda alerta! Porque le diré que has amenazado su existencia, y que acudí á tu cita para evitar una desgracia. Le daré cuenta de todas tus sutilezas é intenciones criminales; te mandará prender é irás á parar á la cárcel. Esto es todo lo que merece un niño ingrato y desnaturalizado como tú.“

TONINO

(Dos meses despues de la muerte de Juan.)

“Mi querida prima, despues de la desgracia que acaba de herirnos tan rudamente, seria yo muy culpable si no depusiera en vuestras manos mis locuras y deseos de niño. Perdonádmelas, olvidadlas, y no me rechaceis. Vuestro hijo sumiso y sacrificado „

EL MISMO

(Despues de casados Tonino y Vanina.)

“Prima mia, soy el más feliz de los hombres y hago votos para que lo seais igualmente con M. Sylvestre. Es este el mejor de los padres como sois vos la más generosa de las amigas. No he sido, por cierto, digno siempre de vuestras bondades. Perdonad mi pasado y bendecid á mi mujercita, quien os quiere.“

EL MISMO

(Un año despues.)

“Felicía, soy dichoso; tengo un hijo, ¡en solas dos horas! Se llama Félix; el segundo se llamará Sylvestre. Vosotros sois mis dos ángeles buenos. Estimada, sufrida y tierna mujer, ¡me salvaste de mí mismo! Gracias á tí, seré un hombre de bien, como aquel á quien has consagrado tu vida! Amame como yo te adoro...“

Aquí termina esta coleccion sin fecha pero perfectamente ordenada y numerada.

Era ello el primer acto de un drama que me tenia enredado

en sus mallas. No me enseñaba nada más de lo que había presentado desde el principio, de lo que Felicia me había dejado entrever sin atreverse á completar sus confidencias. Ateniéndose al puro sentido literal de aquellos escritos espontáneos, no se desprendía de su contenido ninguna ofensa directa á mi persona. Tonino podía haber sido arrastrado por una pasión ciega que había acabado por vencer deponiéndola á mis piés. Felicia podía decir que había triunfado del peligro despues de haberse expuesto para salvar mi vida, y que su temor hácia mí no se había oscurecido en su alma un solo instante. Hé aquí explicado el por qué me legaba aquellas pruebas de su inocencia.

Mas para quien analiza y sondea, no tiene la verdadera castidad nada que ver con ciertas pruebas, y, entre aquellos peligros tímidos y vagos que yo había supuesto en Tonino y la pasión sensual que se había atrevido á declarar y pintar tantas veces, descubría un abismo. Aquella pasión, datando de su infancia, Felicia había tenido que reprimirla y combatirla por espacio de muchos años; había habido dudas, vacilaciones y amenazas, é igualmente había tenido miedo, no solamente por mí sino por ella misma. Una de aquellas cartas demostraba claramente la posibilidad de sucumbir; y al través de recriminaciones y amenazas de una puerilidad casi visible, transparentábase la turbación de los sentidos y el temor de la caída. Y no es así como una mujer de corazón entero y buena se hace respetar, puesto que ha de saberse preservar sin tener jamás necesidad de defenderse. No es por otra parte indispensable haber recibido una educación muy escogida para rechazar el amor que ofende ó desagrada. Bastan el instinto y la sinceridad. Una aldeana no conoce, en verdad, ni puede decir ciertas frases que hielan y reprimen; bástanle sus puños y sus zuecos para esquivar al que no admite por amigo. Felicia no había sido ciertamente ni el robusto marimacho que

sabe rechazar las caricias de un goloso desenfrenado, ni la mujer púdica á la cual nadie puede repetir la manifestación de un deseo indigno. La fiebre de Tonino ardía en ella desde hacia mucho tiempo, cuando puso en mí una afección más decorosa y más moral, pero amancillada ya por secretos apetitos de un salvajismo invencible y fatal. Hasta entonces, sin embargo, no tenía yo el derecho de indignarme. Sufría y me avergonzaba de aquella participación más ó menos directa; pero tenía ya anticipadas confesiones de Felicia, acerca de aquel sonrojo y aquel sufrimiento. ¿Porqué había yo rechazado antes el exámen de aquella situación y aquel carácter? Por que la había respetado mucho temiendo ultrajarla. Al verla inquieta y mortificada, había aceptado sus contestaciones evasivas. Si no había, pues, visto más claro, no era sino mía la culpa; y no debemos echar nunca á cuestras de los demás las faltas que nosotros cometemos, por más que sean ellas hijas de nuestra generosidad.

¿Qué había pasado, pues, luego de haber terminado, al parecer, el amor de Tonino á su prima entre los brazos de Vanina y las sonrisas de su primer hijo?

Nada, tal vez.

Entonces se me habría mentido, se me habría burlado; existía un culpable; mejor, un criminal que había jugado indignamente con mi buena fe. Se me había atestiguado la existencia de una pasión ardiente; habíase envanecido álguien de sacrificios sublimes.

Resultaba yo pues el más grotesco ídolo á quien se hubiese incensado y cubierto de flores para escupirle á la frente.

Era por lo tanto indispensable saber cuanto había pasado; estaba yo resuelto á ello para apreciar los grados de indulgencia ó de severidad de que debía hacer uso. Pero, ¡era yo

tan poco á propósito para el espionaje, como era insuperable el disgusto que producía en mí semejante oficio!

Estaba en ello mi deber, y me sometí. Fui á explorar el peñasco donde debía haber sorprendido la cita. Descubrí una profunda gruta en la cual se penetraba por una bóveda abierta



en la peña. Subir á la techumbre de aquel edificio natural y descender al interior por la cornisa era empresa tan difícil como peligrosa. Felicia no había retrocedido ante las difi-

tades ni el peligro. Una cripta bien resguardada escondía la vergüenza de aquel amor adúltero. Un rayo de sol acababa de estenderse bruscamente en el suelo; una nube de arena casi impalpable tamizada por el viento dibujaba un meandro á la entrada, y era preciso andar por aquella arena para alcanzar el punto oscuro y cerrado á todas las miradas. Antes de sentar en él mi planta, examinélo cuidadosamente. Encontré recientes huellas de calzado de hombre.

¿Había estado allí Tonino? ¿Le esperaba su cómplice? ¿Se preocupaban ellos ó no de verme alguna vez rondando por los alrededores? ¿Pensaban ó se decían ellos que pudiera yo verlos y concebir sospechas? Era necesario que su falta antigua y que sus entrevistas fuesen frecuentes para que afrontaran sin desconfianza la impunidad adquirida.

¡Estaban allí los dos ó iban á estar dentro de poco! pero yo no quería aún aniquilarles. Así fué que tuve gran contentamiento cuando, en lugar de Tonino, ví salir de la gruta y venir á mi encuentro á Sixto More.